

MARIA.



Que amor en el alma vive,
y si ella a otra vida pasa,
no muere el amor sin duda
puesto que no muere el alma,

CALDERON.

Un trono soñando vieron,
y un cadalso al despertar,

A. SAAVEDRA.

LA MADRE Y LA HIJA.

El mar inquieto é irritado: una cadena de ensenadas y lagunas solitarias: grupos de rocas negras: multitud de médanos que son transportados por el viento: tempestades horribles:—un aspecto rudo, imponente; tal es la naturaleza de Soto la Marina.— Algunas chozas miserables, habitadas por los pobres pescadores. respiran desolación y abandono; parece que las ramas del árbol protector nunca han alcanzado á dar su

sombra á aquel triste suelo. Empero aquella naturaleza salvaje no carece de atractivos, porque es grandiosa y sublime:—el alma de Lord Bryon, la imaginación de Schiller.

Se ve algunas veces un cielo hermoso como el de Oriente; otras triste, cubierto de nubes cenicientas, como el que se refleja en las ondas del Támesis.—Una tempestad horrible, el mar agitado, formando un ruido que hiela la sangre: al otro día, la luna apacible en medio del cielo, el mar quieto, el mar hermoso, el mar de plata.—Es allí la naturaleza sin duda el libro del alma, la imagen perfecta de todas las alternativas y contrastes de la existencia del hombre.

Detrás de una colina formada de grandes peñones, cuya base bañaban las aguas del mar, estaba edificada con ladrillo y madera una casa pequeña, que sin embargo podía reputarse como la mejor de todas las del puerto, y desde poco antes que saliese Iturbide de la república, habitaban en ella dos personas.

La madre era alta, gruesa y vigorosa: cuarenta primaveras que habían rodado por su cabeza, no la habían despojado de aquel semblante agradable y majestuoso, en que se trasluce una belleza devastada por el contacto de los años. Dotada de una alma enérgica, de un esfuerzo varonil y de una virtud del corazón, cumplió, como po-

cas, con los deberes de esposa; es decir, participó en los combates de los peligros de su esposo, le consoló en sus trabajos, lloró con él sus desgracias; fué para él un amigo, un ángel, porque su esposo, como todos los buenos mexicanos, voló á incorporarse con los primeros valientes que hicieron resonar en México los ecos sonoros de Independencia y Libertad.—Dorotea era veracruzana.

El fruto de un amor sin límites, la tercera esencia de dos almas íntimamente unidas por todos los sentimientos, fué una hija.—Veinte años, talle airoso, faz rosada, ojos negros, pie pulido: virtud, sencillez, inocencia: belleza en el cuerpo; belleza en el alma: tal era la hija. María había nacido en el país de las flores, en el Edén mexicano.—María era jalapeña.

La madre y la hija, después de haber recorrido todos los círculos dolorosos del mundo, después de haber luchado con la adversidad, parece que escogieron aquel sitio, al parecer más próximo á la vida futura, como la última posada que habían de habitar en la peregrinación por el valle de miserias y de dolor. En efecto, aquella casa era la misma en que el esposo y el padre habitó, aquella casa era querida para la madre y la hija, lo mismo que las rocas y las olas del mar, porque todos estos lugares fueron testigos de la aurora de felicidad que relució un instante sobre la pobre familia.

Por otra parte, entre el tumulto y agitación de una ciudad, ¿qué plaza podrían ocupar la viuda y la hija de un soldado? de un hombre que dejó sus bienes, las delicias conyugales, la paz doméstica, y ocupado única y exclusivamente del amor de la patria, voló á las filas de los valientes, y fué soldado. Mas el círculo en que el destino le colocara no era elevado; así es que fué valiente, generoso, bajó al sepulcro cubierto de honrosas cicatrices, y murió peleando por su país como un héroe; pero murió soldado. Los grandes señores, la clase media, el pueblo ¿se ocuparía de la suerte de la viuda y la hija del soldado? Sin duda que no.— Ellas vivieron segregadas de la sociedad; mas no fué esto bastante para que escaparan de las injusticias y estorsiones de la misma sociedad, y se retiraron á un sitio lejano y solitario. Hasta donde es posible eran felices, pues que la madre tenía á la hija, la hija á la madre, y ambas á Dios.

Soportaban lo presente con la resignación propia de la virtud; el porvenir no les inquietaba, porque su porvenir era la muerte; y exentas de crímenes y de remordimientos, aguardaban la muerte con tranquilidad: solamente les habían quedado los recuerdos de lo pasado, materia suficiente de todas sus conversaciones. Escuchemos una de ellas.

Era una tarde. Corría una fresca brisa que templaba los vapores de la ardiente are-

na, cuando salieron Dorotea y María á la puerta de su casa á gozar de la frescura del aire y de la vista del mar. Dorotea hilaba algodón con un malacate, y María, cabizbaja y triste como de costumbre, guardaba un profundo silencio: después de un rato, Dorotea fué la primera que habló.

—Siempre triste, María; tienes empeño en aumentar mis padecimientos. Si yo te mirara como en otro tiempo alegre, bulliciosa. Ya... hasta los colores tan frescos de tus mejillas van desapareciendo poco á poco.

—Madre, vd. lo quiere creer así. Se engaña vd.: no tengo nada; pero en esta soledad es fuerza entristecerse.

—¡Ah! entonces iremos á México, ó á otra parte; donde estés mejor.

—¿A México?... ¡Oh! nunca!

—¿Por qué?

—Porque... María suspiró, púsose un dedo en la boca, y guardó un profundo silencio.

—Vaya, hija; recién venida á este puerito, todas las tardes salías á este mismo sitio á tocar el harpa y á cantar, y á fe mía que no te escuchaba yo sola, sino que todos los pescadores se acercaban á oírte, porque tienes, alma mía, una voz tan dulce...

—Pero ahora... interrumpió María.

—Ahora, prosiguió la madre, me agradecería infinito me cantases unos versos: la música, hija mía, arrulla el alma de los

viejos, y les trae á la memoria los días alegres de su juventud.

—Bien, madre mía, no tengo á quien complacer en el mundo más que á vd.

Fué María á traer su harpa, mientras Dorothea, maquinalmente y sin dejar su ocupación, murmuraba con su ronca voz alguna canción popular del tiempo de sus primeros años.

María hacía resonar con una dulzura y una armonía celestial las cuerdas de su harpa, y tomaba tal expresión de ternura y melancolía cuando cantaba, que causaba la admiración de todos los pescadores y habitantes de Soto la Marina.

Volvió con su harpa, con la compañera de sus alegrías, la consoladora de sus tristezas.

—Está ya templada: ¿qué quiere vd. que cante?

—Lo que tú quieras, Mariquita; todo me agrada de tu voz.

—¿Lo que yo quiera?... Meditó un momento, y acompañada de su harpa entono esta canción.

¡Oh qué dicha incomparable!
qué ventura, qué contento,
cuando vaga el pensamiento
en una hermosa mansión!

El alma vuela á otro mundo,
y en su rápida carrera

no hay término ni barrera
“que contenga esta ilusión.”

Son de amor las ilusiones
sueños alegres, dorados,
palacios de oro encantados
do se enerva el corazón.

Mas estos ensueños vanos
como el humo desaparecen,
y nuestros martirios crecen
“disipada la ilusión.”

Vuelve, vuelve, grato sueño,
que tu bálsamo apetezco,
y mi existencia aborrezco
sin tu dulce agitación.

De placer inexplicable
tú mi espíritu inundaste:
dime ¿dónde te ausentaste,
“grata, risueña ilusión?”

Concluyó María bajó el semblante, se desprendió de sus ojos una lágrima, que cayó sobre su harpa, y comenzó con el dedo á trazar algunas líneas que querían decir algo de lo que pasaba en su alma.

—Y bien, María, ¿no sigues cantando? ¿en qué se ocupa tu pensamiento? Estás sumergida en una profunda meditación.

—En verdad, contestó María, que recuerdo ahora tiempos más felices. ¿Se acuerda vd., madre, cuando entró en México el ejército?

—Sí, y mucho que me acuerdo. ¡Oh; el entusiasmo, el regocijo tan natural que

se veía en los semblantes de todos los mexicanos con dificultad volveremos á ver otro día igual. Ya se ve, eran necesarios otros once años de muertes y desastres, y otra victoria para que

—Mucha razón tenían los valientes, interrumpió María, para estar contentos, como que después de lidiar por su patria y de derramar su sangre en las batallas, llegaban á México á gozar del reposo con sus familias.

—Yo, hija, no participé mucho de esa alegría, porque no ví entrar á tu padre coronado con los laureles del triunfo, buscando su casa, y ansioso por arrojarse en los brazos de su Dorotea y cubrir de besos el rostro de su hija; el infeliz descendió antes al sepulcro.

—¡Mi padre! . . . Me amaba mucho: ¿es verdad?

—Sí, y mucho que me acuerdo. ¡Oh! ocasión que lo sacaban en Irapuato al patíbulo, volvía la cara, me miraba con ternura y me decía: “No te aflijas, Dorotea, muero por mi patria; pero el único encargo que te hago, lo único que te ruego no olvides, es á mi hija, á mi pobre Mariquita. —¡Cómo te había de olvidar, hija, cuando eras la única prenda que me quedaba en el mundo!

—Y después, preguntó María con la voz trémula, ¿qué sucedió?

—No había llegado su última hora. Yo

me arrojé á los pies del emperador, que entonces mandaba la tropa que había cogido prisionero á tu padre . . . al fin se enterneció con mis lágrimas y arrancó á tu padre de la muerte; y aun nos dió dinero y caballos para que en el silencio de la noche nos escapáramos.

—¿De veras? ¡qué generoso!

—¡Oh! desde entonces, siguió Dorotea, no ha dejado de amar al emperador, y todos los días la primera súplica que dirijo al cielo es porque aunque sea lejos de su patria, le conserve la vida muchos años.

—Y yo también, madre, siempre he hecho lo mismo.—En Querétaro, qué bien me trató; sin duda nos hizo algún favor: cuénteme vd., madre, ¿por qué estuvimos allí con él?

—¡Oh! ese servicio jamás lo olvidaré: tú ibas á ser deshonorada, arrebatada de mi lado por un coronel perverso; pero la Providencia lo llevó allí, y te salvó de un peligro horroroso que tú misma no conocías. Ya ves, hija, lo que le debemos.

—Mucho, mucho; ¿pero por qué lo desterraron? por qué tan pronto bajó del trono?

—Quién sabe: ya te acordarás de su coronación, fui la primera en ir . . . ¿Es verdad? te llevé . . . ¿Quién ha de creer que tanta pompa, tantos vivas y tanto entusiasmo habían de parar en un destierro?

—Sí, en un destierro: yo creo que es una injusticia.—Una perfidia.

—Qué quieres, hija, esta es la condición humana: ayer, un trono: hoy, lejos de su patria.

—¡Desgraciado! pronunció María á media voz.

—Ciertamente muy desgraciado: esto de morir, tal vez lejos del país que lo vió nacer, es muy terrible; yo daría mi vida por volverlo á ver como lo ví en la catedral.

María lloró; guardaron un rato un profundo silencio; pero como ya la noche comenzaba á caer sobre la tierra y soplabá un norte algo fuerte, recogió Dorotea su macate y su algodón; María su harpa y se encerraron en su pobre habitación.

Tal vez podrá traslucirse por la conversación antecedente, que María se interesaba demasiado por la suerte del emperador. En efecto, había sido para María un objeto de adoración interior, de un culto puro: le amaba desinteresadamente por uno de aquellos movimientos naturales del corazón, los cuales están excluidos, por decirlo así, del imperio de la razón.

No era extraño, la gratitud se equivoca frecuentemente con el amor. Por otra parte, María, cuya vida desgraciada no le había permitido disfrutar de los placeres y conocer otros objetos que ocuparan su pensamiento, se había entregado, en medio de la soledad, á unas ilusiones risueñas para

su edad: aunque conocía al instante toda la locura de su ideas, no podía separarse de ellas; de tal manera, que vinieron á producirle aquel tedio continuo, aquella calma fatal que experimenta el hombre cuando le es imposible realizar sus más lisonjeras esperanzas. Esto sucedía á María en la época de esta narración.—¡Pobre María!

II

LA VUELTA A LA PATRIA.

La mañana era hermosa; el cielo azul, salpicado de algunas nubecillas blancas, se retrataba en el mar cuyas olas, al balancearse con blando movimiento, formaban ráfagas brillantes. La brisa inflamaba las velas de un bergantín inglés, que surcando las olas espumosas del golfo, se dirigía á las costas de México.

Luego que rayó la aurora, el primer cuidado de Iturbide fué subir á cubierta, desde donde trataba con ansiedad de observar con un antejo. Pasó el momento mágico; el momento en que el piloto grita: "Tierra." Iturbide, después de la primera emoción, saludó con palabras tiernas y elocuentes, con las lágrimas en los ojos, las costas queridas del suelo donde vió la luz primera.

Sin embargo, puede asegurarse que su jú-

bilo era más grande, más vehemente que el de otro cualquiera. Rodeado, poco tiempo hacía, de toda la grandeza y esplendor imaginables, fué el objeto de la adoración y respeto de una nación libre; y en medio de la locura y entusiasmo que inspiraba á los mexicanos el aura de libertad que por primera vez respiraban después de tres siglos, le habían señalado con el dedo, y elevado á regir los destinos de una nación.

Iturbide volvía á los lugares, testigos de tantas escenas, ya de dolor, ya de contento; cada colina, cada monte, cada arroyuelo bullían en su memoria un torrente de recuerdos.

Estaba sentado en la popa del barco con la vista clavada en las costas de México, y le agitaban en aquel instante mil encontrados pensamientos. Ya vagaba de nuevo en los campos espaciosos de la fortuna y del poder; ya pensaba entregarse á contemplar en algún lugar solitario, la armonía y belleza naturales, y gozar en el último tercio de su existencia, de la paz doméstica y de la tranquilidad, que no se encuentra entre la púrpura y entre los cortesanos: ya se figuraba que podía muy bien llegar el momento en que, empuñando el acero, volara otra vez á combatir contra los enemigos de su patria; en fin, recorría su mente varios cuadros. Pero ¿imaginaría, ni aun remotamente, que estaba muy pronto el fatal desenlace del drama de su vida? De nin-

guna suerte. Iturbide perseguido en Europa, se acogía á su patria: venía solo, sin pompa, sin soldados y confiado en que los mexicanos no habían olvidado al hombre que los hizo libres.

Hallábase María sentada en una roca, algo distante de la playa, divirtiéndose su tristeza con la multitud de canoas y botes de los pescadores, cuando divisó un bergantín que aproximándose ligeramente, ancló en la barra: una curiosidad natural la hizo aproximarse. El bergantín arrojó un bote al mar, y entraron en él hasta cuatro personas. Aproximóse el bote á tierra, y saltaron las cuatro personas: ¿Quién podrá pintar la sorpresa de María cuando reconoció al emperador? Latió su corazón, cambió su rostro mil colores, y fué la primera que pronunció el nombre de Iturbide. Pocos instantes después María estaba pálida, los ojos desencajados y temblando, porque había escuchado una sentencia de muerte.

Encaminóse á su casa maquinalmente; encontró á su madre en la puerta, que ya sabía la fatal nueva, porque corren por desgracia en alas del viento.

—Madre mía, sabe vd. . . .

—Todo lo sé. . . . respondió Dorotea; y la madre y la hija se abrazaron y derramaron abundantes lágrimas.

El corazón de la mujer es las más veces sensible y tierno: la mujer llora por su amante, por su hijo, por su hermano, y aun

por su enemigo cuando es desgraciado; era, pues, natural que la madre y la hija lloraran por la próxima muerte del hombre á quien tanto debían.

Pasó mucho tiempo sin que hablasen una palabra, hasta que Dorotea, acariciando el rostro de su hija, exclamó:

—Huyamos, hija, huyamos para no presenciar una escena de dolor.

—Sí, madre mía, como vd. quiera.

María no estaba en estado de obrar ni de conocer nada. Iturbide, el patíbulo, la muerte, el bergantín, todo se presentaba á su imaginación al trasluz de una nube de horrosos pensamientos. Creía un sueño todo cuanto había presenciado; reía, lloraba, cantaba.

La mañana que siguió á este suceso, la madre, la hija y un anciano que las acompañaba, iban caminando á Padilla, donde, sin saberlo, iban á ser testigos del funesto espectáculo de que trataban de huir.

III

LA PRISIÓN.

Aunque eran las cuatro de la tarde, como la claridad del sol estaba ofuscada por densos nubarrones, sólo entraban por la alta claraboya del estrecho y sucio aposento en que estaba preso Iturbide, unos mortecinos

rayos de luz que se ofuscaban y perdían entre las sombras y suciedad de las paredes.

En un extremo de la pieza estaba Iturbide sentado delante de una mesa, con una mano en la frente, mientras que con la otra sostenía una pluma, sumergido en un abismo de meditaciones. Una golondrina se paró en las ramas de unas florecillas silvestres que habían nacido en la cornisa de la claraboya. La golondrina pió alegre, y hubiera tal vez permanecido allí largo rato; pero la débil rama sucumbió, y la golondrina se voló. El preso miró el pajarillo, exhaló un suspiro y continuó triste.

¿Cuántas reflexiones despertaría en su alma este incidente tan común, y que nadie que no sea un desgraciado, puede hacer alto en él? Consideraría la rama tan débil como la existencia del hombre; envidiaría la libertad del ave, y querría, como ella, respirar el aire puro. ¿El canto monótono y silvestre del pájaro tendra algún encanto para su alma? Quién sabe.

Iturbide en aquel momento sentía el peso de la fatalidad, y todas las amargas reflexiones consiguientes á su desgracia se agolpaban en su cabeza; todos los sentimientos de su corazón los confiaba á la pluma, y procuraba sacar alguna consecuencia por la que dedujese el motivo que le precipitaba en el último extremo de los males. Dejó un momento la pluma y comenzó á discurrir.

—Un alma grande, un corazón fuerte, jamás se abate ni tiembla por la próxima aparición de la muerte. No obstante, quién sabe qué pavor secreto se apodera del hombre cuando considera atentamente que va pronto, muy pronto, á concluir su vida.

Sacó el reloj é hizo una breve pausa.

—¡Santo Dios, las cuatro y media!... A las seis... el suplicio... ¡Ah! continuó, qué trabajo cuesta romper los eslabones de esta cadena que ata el cuerpo con el alma, aun cuando no tenga el mortal sobre la tierra sino desolación y martirios... Yo sí tengo ligas fuertísimas que es imposible desatar sin llenarse de dolor: mi esposa, mis hijos... ¡Dios mío!...

Iturbide, después de haberse limpiado una lágrima que le arrancó el recuerdo de su infeliz familia, se sentó con tranquilidad á continuar la representación que dirigía al llamado congreso de Tamaulipas, que no iba á servir más que de un monumento histórico, que transmitiera á las generaciones venideras el crimen de algunos y la desgracia de un hombre digno de mejor suerte.

Paróse otra vez y exclamó: Sólo, abandonado; nadie vendrá á dulcificar mis últimos momentos; no oiré ya sino la voz de mis verdugos. Una palabra de consuelo no disipará esta carga insoportable de tristeza que abrumba mi alma y debilita hasta las fuerzas de mi cuerpo. La luz va faltando en este cuarto.

Se acercó y abrió cuanto pudo una puerta vieja de la claraboya, y prosiguió:

—El cielo está triste como mi alma, y no tengo siquiera el placer de que el sol de mi patria envíe un rayo sobre mi helada frente. Los últimos momentos que mis ojos verán la luz: las estrellas brillarán esta noche en el cielo, y no alzaré mis ojos para contemplarlas, porque esta noche reposaré entre el polvo... ¡Oh, Dios eterno, esto es increíble! Si fuese un sueño... Realidad, todo es realidad: cúmplanse tus altos decretos.

Oyese en esto un sordo murmullo, ruido de armas, pisadas de caballos y el redoble de un tambor. Pocos momentos después la prisión estaba llena de soldados.

IV.

LA PLAZA.

La plaza presentaba también un cuadro no menos triste y sombrío. El cielo, cubierto de nubes cenicientas, tomaba por grados un tinte más oscuro, conforme el sol se iba poniendo; caía una lluvia menuda y soplabá á ratos un viento frío; algunos aviones volaban graznando, y se colocaban en las ramas de uno que otro álamo marchito; las pocas casas estaban cerra-

das; los habitantes vagaban inquietos y sobresaltados, y en la iglesia recitaban, en voz baja, algunas buenas ancianas, los salmos penitenciales.

Al toque de un tambor ronco, desfilaba por un ángulo de la plaza un cuerpo de tropa; en el centro el prisionero y á su lado un sacerdote recitándole oraciones y exhortándole con dulces palabras á la conformidad; detrás el pueblo, que por un instinto de curiosidad se atropella por ir á una función ó á una escena de horror. ¿Pero sabía el pueblo á quién iban á extraer para siempre de su seno? ¿Sabía que el que estaba cercano á la muerte era el hombre que le amaba, y que le veía como á su propia familia? Tal vez lo sabía; pero qué importa: ¿había agentes que le movieran, que le quitaran la venda de los ojos, y le dijeren: "Mira, el hombre que llevan al suplicio es el mismo que te quitó las cadenas: corre, líbrale de sus asesinos?" Por el contrario, tenía las armas delante.

Sin embargo, dejábase escuchar por intervalos un sordo murmullo, parecido al de una lejana tempestad. Cada cual deseaba dentro de su pecho que la ejecución no se verificase; cada cual deseaba dar su vida por salvar al prisionero; mas todo el mundo silenció, y la ejecución no dilataba en verificarse.

Al redoble del tambor paró la comitiva en el centro de la plaza; colocaron á Itur-

bide en la posición conveniente, y el silencio que reinó por un momento, dió á entender cuánto padecían la mayor parte de los espectadores.

Entre tanto, habla Iturbide con el sacerdote, quizá algo relativo á su conciencia ó á su familia. Procuremos echar una rápida ojeada sobre el cuadro que en lo general presentaba la plaza.

Multitud de cabezas apiñadas en un extremo, y cuyo movimiento era muy semejante al de una oleada, no perdían uno sólo de los de la víctima: de una parte un grupo hablando en voz muy baja: un viejo soldado con su capote amarillo, y un rosario de cuentas gordas en la mano, rezaba por la última hora del héroe. Dos ó tres embebidos en la puerta de una casa, y volviendo aquí y allá la cabeza, significaban que alguna parte tenían en el suceso. Un militar, cubierto de cicatrices, retorciéndose el bigote, chispeando los ojos de cólera y queriendo por momentos arrojarse sobre la tropa y salvar al desgraciado, ponía de repente la mano sobre el puño de su espada; mas luego la retiraba poco á poco, bajaba la cabeza y limpiaba con su callosa mano el agua de sus ojos. Tres ó cuatro entes, cuyas almas viles no merecían pertenecer á la raza humana, esparcían la voz de que era muy justo muriese el traidor que nos quería entregar á España. ¡Miserables!!! Una madre llorando; el niño que tenía en los bra-

zos llorando; un grupo llorando: más adelante, tres ó cuatro inocentes jugaban, sonreían delante de la muerte, y preguntaban: ¿Qué sucede? En fin, había en la plaza llanto, risa, remordimientos.

Es preciso también introducirnos un momento en una casa demasiado pobre, pero bastante limpia, colocada al sur de la plaza, y observar los movimientos de sus moradores, y principalmente los de dos mujeres que estuvieron rodeando, desde por la mañana, la prisión de Iturbide, y suplicando con lágrimas á los oficiales y centinelas, que las dejasen entrar un sólo momento: no lo consiguieron, y se conformaron con ir siguiendo de cerca á Iturbide, hasta que la tropa formó cuadro; y la anciana se encaminó á la casa referida, llevando, casi en los brazos, á una linda joven. Allí rodeadas de dos ó tres señoras, pasó la escena siguiente:

—Es en vano llorar, doña Mariquita, dijo una anciana con la faz surecada de años; el mal ya no tiene remedio: ahora lo que conviene es rogar á Dios por su alma.

—Sí, hija mía, es lo único que nos resta.

—En verdad, madre, que vd. y estas señoras rogarán á Dios por la mía.

—¿Tú morir, hija de mis entrañas? interrumpió Dorotea con un acento dolorido.

—¿Y por qué no? Ve vd. mi rostro pálido, mis ojos hundidos y mi frente fría; ¿una máquina tan descompuesta, cree vd. que tardará mucho en aniquilarse?

—Que la curen: ahí está mi cama, dijo doña Juana, la dueña de la casa.

—Que la curen, repitió María con ironía: que me curen el alma, que pongan dentro de mi pecho otro corazón.

—Necesita descansar, dijo doña Juana.

—En el sepulcro, contestó María.

—Pobre niña, exclamaron todas al mismo tiempo, mientras la madre, fijos los ojos en su hija, le separaba los cabellos que le caían en el rostro.

—Sí, por este momento pueden vdes. tenerme mucha lástima, porque sufro demasiado. Madre mía, exclamó sollozando y arrojándose al cuello de Dorotea; este momento es horrible. ¿Qué, no ha muerto? ¿no lo han matado?

Nadie le respondió.

—Pero no dilatarán.... Mire vd., madre mía, soy muy feliz porque dentro de poco yo también habré muerto; y morir cuando la vida es tan amarga, es un consuelo.

—Me causa extrañeza el interés tan grande que toma esta joven por el Sr. Iturbide, dijo en voz baja una de las presentes á doña Juana; bueno es afligirse, (bien sabe Dios que se me podía ahorcar con un cabello) pero no hasta el grado de perder el juicio como esta niña.

—Creo que es su pariente, respondió doña Juana.

No abandona la vanidad á ciertas gentes en ningún caso; así es que doña Juana, aunque conocía muchísimo á María, aprovechó la ocasión con la pregunta para darse importancia con sus amigas. Siguiéron éstas cuchicheando hasta que habló otra vez María.

—Madre, perdone vd.; pero no puedo ya tener dentro de mi corazón este secreto.

—¿Cuál, cuál? exclamaron todas movidas de la curiosidad.

—Yo le amo, sí; ¿y qué me importa que lo sepa el mundo entero? ¿no va á morir? ¿no va á santificar la muerte este amor?

—Calle, dijo doña Juana: ¿con que le amaba?

—Sí ¿y qué tiene eso? dijo otra, al fin su sangre: tiene razón de estar así.

—Señoras, siguió María: si yo les contase á vdes. un sueño muy horrible que tuve, ¡ah! si yo se los refiriera, se estremecerían: no me acuerdo.... pero un navío.... qué se yo.... ¡la muerte!.... Pero todo es mentira: un sueño al fin.... ¿No digo bien, señoras?

Giraron desencajados sus ojos al derredor del cuarto, y se escapó de sus labios una amarga sonrisa.

—Hija, hija, no me atormentes, y no des troces el corazón de una madre.

—¿Vd. siente lo mismo que yo? contestó María.

—Sí, hija, lo mismo; y enlazadas con los brazos, lloraron la madre y la hija.

En esta situación permanecieron un rato, hasta que volvió María, desprendiéndose de los brazos, á dirigirles la palabra.

—¿Qué no saben, señoras, que el morir es un descanso? ¿No ven vdes. en el mundo un lago de sangre, donde se bullen cadáveres y sombras que nos amenazan? ¿Y no es gustoso salir de estos horrores á vivir en otros mundos muy hermosos, muy tranquilos?... Madre mía, la tempestad es muy furiosa, y va á destruir nuestra casa.

—Está loca la infeliz; exclamó doña Juana.

—Pobre niña, dijeron las otras.

María cerró los ojos y se reclinó en el seno de su madre.

Entre tanto pasaba esta escena: Iturbide concluyó su confesión con el sacerdote y esperó la muerte. Describir los últimos momentos de aquel desgraciado, y trasladar al papel toda la solemnidad de un hombre al pie del cadalso, en los umbrales de la tumba, es imposible. El hombre, en este último acto de su vida, es poeta, es filósofo, es orador; porque habla con la poesía del alma, con la sinceridad del que nada tiene que esperar en la tierra, y con la lógica del infortunio.

Iturbide exhortó al soldado á la obediencia, al pueblo á la paz y á la unión y perdonó á todos sus enemigos y recibió la